

¡Ah! Señores, ¿os acordáis?

¿Os acordáis de las tempestades desencadenadas?... del torbellino de injurias, de mentiras, de calumnias, levantado no ha mucho, en medio de grandes clamores, como en tiempo de borrasca esas trompas giratorias que ciegan y devastan nuestras campiñas? Giraban silbando y llenas de odio en derredor de los bravos de allá abajo, encarnizándose en vilipendiar su obra de gigantes y en sepultarla en el fango de las estafas vulgares...

Cuántas veces he pensado en lo que debían sufrir aquellos pobres desterrados cuando en la soledad de aquellos bosques y de aquellas rocas, cansados del trabajo, extenuados por el enervante sol de las montañas, para reposar y refrescar su alma, se pusieran a leer los periódicos de la patria... ¡Oh! la marea ascendente de las injurias llegaba hasta ellos, ahogando en la amargura su fuerza y su valor!

No han dejado, sin embargo, caer sus brazos; han llegado hasta el término a través de los desprecios y de las ingratitudes; y al presente ¡se les hace justicia!

Ahí está la obra, en pie, titánica, desafiando a sus detractores y ciñendo de aureola de gloria a los que la han consagrado lo mejor de su alma y de su vida.

Leed la descripción entusiasta que de ella ha hecho M. Picard. Leed la carta reciente de Monseñor Augouard, Obispo en el Congo francés: desborda de entusiasmo, es casi un himno... y acordaos del modo con que el año último juzgaba Monseñor Augouard el Congo de los pobres belgas.

No me extenderé sobre ese lado comercial de la cuestión; me parece que está ya fuera de duda. Aun aquellos que aparentan no creer en las riquezas de la colonia, las confirman singularmente por la empeñada insistencia con que baten en brecha ese famoso dominio privado, cuya sola agregación al dominio nacional, produciría, según ellos, sumas fabulosas...

Pasemos adelante... permítaseme sin embargo, una observación. Nuestras industrias han atravesado y atraviesan todavía lo que Eudoro Pirmez ha llamado muy sabiamente una crisis de abundancia; nuestro exceso de producción nos ahoga.

Hay dos remedios: cesar de producir de esa manera exagerada o desarrollar la exportación.

Cesar de producir es condenar al hambre a millares de obreros que tiendan sus brazos en demanda de trabajo.

¿Desarrollar la exportación?... ¿Cómo forzar el círculo de bronce de las fronteras cerradas y



encadenadas por el ciego egoísmo de las generaciones contemporáneas? Y allá, veinticinco millones de hombres, una región sesenta veces mayor que nuestro país, se abre cuan larga es, dispuesta a recibir nuestro trabajo!...

¿No es esta la solución? Decídmelo?

Piénsese en nuestros pobres obreros, que por falta de trabajo aquí, han ido a mendigar a las naciones vecinas. Allí se los mira con recelo, se los persigue, se pide que se los agobie de impuestos y hasta que se los vuelva a conducir a la frontera.

¿Qué haríais aunque solamente Francia rechazara y arrojara sobre nosotros los quinientos mil obreros belgas que trabajan en ella? ¿Dónde les buscarías pan?

No se enciende la candela para colocarla en seguida debajo del celémín, sino que se la pone luego en sitio elevado para que alumbré a cuantos están en la casa del Padre.

No tenemos derecho, Señores, nosotros los civilizados para dormirnos satisfechos con la dulzura de nuestras conquistas y dejar que se pudran vuestros hermanos en las profundidades de la barbarie. Hay un apostolado social, como hay un apostolado evangélico: una nación que

se precia de sus adelantos, y tiene conciencia de su grandeza, no se presta menos a aquel apostolado, que a éste la Iglesia.

Esas almas congoleesas,—con frecuencia se olvida aun entre los cristianos, que en aquellos fornidos cuerpos negros hay almas que valen tanto como nuestras almas,—esas almas congoleesas, dulces; buenas, inteligentes, pacíficas, no estaban en el ínfimo grado de la civilización intelectual... sus trabajos indicaban una habilidad singular, una reflexión y un razonamiento agudo, e incontestables tendencias estéticas. Son hospitalarios, fieles a sus pactos y a la palabra dada en sus tratos parlamentarios, en los que su astucia y sus defensas pudieran hacerlos sospechosos a los blancos.

No se roban entre sí, aun cuando se desquitan con el extranjero.

¿Con qué título se les ha de rehusar las luces de la civilización?

Objetaréis: Admiten la poligamia. Sí, pero; más que por pasión, porque su razón escasa de luces superiores les mueve ante todo a poblar sus aldeas diezmadas sin cesar por las guerras; y permitidme que os lo diga, por un respeto a la maternidad que desconocen nuestras más ponderadas civilizaciones.

Admiten la esclavitud: Sí, pero la esclavitud



doméstica, más suave entre ellos que la esclavitud de otros tiempos entre nosotros. El esclavo es alimentado, alojado y vestido como un miembro de la familia; cuando nace y cuando se casa, el amo es el que hace los gastos de las fiestas, y cuando muere los del entierro.

Y aquí, permitidme que abra un paréntesis. Se ha censurado duramente, se ha mostrado gran indignación, se ha levantado inmenso clamoreo, porque según se afirmaba, el Estado reconocía esa esclavitud doméstica. ¡Es falso! El Estado «no reconoce el estatuto servil, no concede sanción ninguna a las transacciones de que pudiera ser objeto un esclavo. En esta materia, no podría tener aplicación la costumbre, por ser contraria al orden público. El esclavo doméstico, ya esté sujeto a un indígena, ya a otro que no lo sea, es sin embargo en todo tiempo dueño de su persona, y está seguro de ver respetadas por las autoridades las reivindicaciones que hiciera de su libertad. El Estado igualmente ha reglamentado el contrato de prestación de servicio, y expresamente no autoriza más que los contratos de tiempo limitado, para evitar que ese contrato degenera en esclavitud disfrazada».

Los congolese tenían, es verdad, sacrificios humanos sobre la tumba de sus grandes jefes.

Se inmolaba a sus mujeres y a sus esclavos para que le acompañasen y le sirviesen en la vida de ultratumba! Hecatombes horribles en que el muerto desaparecía ahogado en sangre y cubierto por el amontonamiento de carnes palpitantes...

Pero. Señores, no nos mostremos demasiado altivos y horrorizados, os lo ruego; no olvidemos que por ahí hemos comenzado nosotros... Nuestro suelo, bajo la capa de los antiguos bosques, ha bebido la sangre de hombres, de mujeres y de doncellas, inmoladas a dioses feroces, que saltaba a impulso del cuchillo de los druidas.

Consideremos además que en tierra congolese, en todo el radio a que pueden alcanzar las estaciones del Estado y de los blancos, han sido abolidos esos sacrificios de antaño... Cuando para esto no ha bastado la persuasión, se ha echado mano de la fuerza.

Pero, Señores, por el Alto Nilo y el Sudán, al norte y al este de Zanzibar, por toda la región de los grandes lagos, sobre aquellos pobres villorrios inofensivos, descendían como torrentes, en irupciones devastadoras, hordas de árabes traficantes de carne humana, mercaderes de



mujeres y niños; venían, en aquellas sangrientas batidas, a rellenar sus vacíos almacenes de su género comercial.

Aquí conviene alegar números. El comercio de esclavos en Fezzan había llegado en 1864 a diez mil cabezas.

En aquel mismo año, en el Sudán, una sola batida había producido ocho mil esclavos.

Samuel Baker evalúa en cuarenta mil por año el número de negros esclavos arrebatados por los árabes que trafican entre Kartun y el Nilo Superior.

Stanley encontró caminando, en una sola banda encadenada, ochocientos esclavos, casi todos mujeres y niños. Otro día encontró dos mil trescientos cautivos.

En Zanzibar el mercado asciende en 1874 a treinta y dos mil setecientas cabezas.

Ya sabéis, Señores, como se lleva a cabo el drama de estas incursiones feroces.

En bandas de trescientos, de quinientos, y a veces de mil, los árabes descienden bien armados y bien organizados... por la noche, se deslizan ocultamente, se extienden en derredor de una aldea y la cercan. Cuando llega el día comienza el ataque, y lentamente se va estrechando el cerco... Así que están a tiro de las flechas y de las lanzas, se detienen, pegan fuego a las

malezas y luego arde la aldea. Entonces, en un arranque de desesperación, los pobres negros se precipitan... Los hombres son matados a tiros, las mujeres son apresadas y maniatadas. Se deja correr a los niños, sabiendo bien que luego volverán a buscar a sus madres... ¡Oh! ¡qué horrendos clamoros y alaridos! ¡qué espantoso espectáculo el de las rojas llamas del incendio cruzándose con el brillo de las armas de acero en medio del estrépito de las descargas de los fusiles!... Y ¡qué de trágicas grandezas!...

Aquellos desgraciados negros, desangrándose por todas partes, se levantan todavía para defender a sus mujeres; y aquellas madres... ¡oh gran Dios! aquellas madres estrangulan a sus hijos con sus propias manos antes que verlos esclavos!... «Yo mismo he contado, dice el doctor Nachtigal, sobre las ruinas humeantes de una aldea, ventisiete de esos pequeños cadáveres de niños matados así por esas heroínas salvajes!»

¿Y después!?

Después se los amarra por grupos de cinco, seis o siete a dos largas pértigas, que reposan sobre sus espaldas; y les aprietan el cuello; así ligados, forman cuadrillas solidarias, y cuando ya todos están prestos; bajo el chasquido del



látigo: «¡En marcha, ganado bípedo! ¡arre, arre, bestias humanas!» andando, adelante, por la arena y las rocas, con sol y con lluvia, recibiendo sangrientos latigazos, «¡arre, arrel!»

Y marchan, las pobres, con los pies descalzos y el corazón despedazado; marchan, y andan leguas y leguas, días y días, llevando de la mano como a la rastra, o apretando a sus caderas, con un extremo de sus cuerdas, a sus pobrecitos hijos que lloran... En las horas de descanso no se las soltará, se tendrán que acostar como puedan, con la cabeza en su escala.

¡Ay! ¡he aquí que desfallece una! su cuadrilla se detiene. Se la fustiga... pero el látigo no la reanima, se halla en los extremos... Entonces el amo desata los lazos. y la infeliz cae a lo largo del camino desfallecida y sin sentido... Pero si volviera en sí y si gritara... ¡Oh Dios mío... El conductor le pondría la rodilla sobre el pecho, y como se hace en las carnicerías con un cordero, delante de toda la caravana que se horroriza y extremece, la deguella con su daga.

«¡Ah! exclama Livingstone, he olvidado muchos horrores, pero los horrores de la trata de esclavos no los puedo olvidar, me acosan, me atormentan, los veo por la noche, y temblando, despierto sobresaltado, con el ahogo de aquella terrible pesadilla.»

Nachtigal, Baker, Speke, Stanley, Holmwood, Livingstone, Rigby, Cameron, todos los exploradores del África han visto y contado esas escenas: han descrito esos largos caminos de las caravanas, a los que sirven de jalones los emblanquecidos huesos humanos... Mejor aun que por esos discursos, se nos muestra por el lado comercial de ese ébano viviente el gran menoscabo que sufre en los caminos... El esclavo que vale dos francos y cincuenta céntimos en las riberas del lago Nyassa, vale cuarenta francos en el Alto Nilo, doscientos cincuenta francos en Kartum, y de quinientos a mil quinientos en el Cairo y en Constantinopla!

Pues bien, Señores, de esa trata feroz, de esas devastadoras irrupciones y de esas batidas de hombres, no queda un solo rastro en toda la inmensa extensión del Congo belga. Nuestros oficiales, con un puñado de bravos, espada al cinto, han ido arrojando de allí, de derrota en derrota, a esas hordas de árabes sanguinarios; los han rechazado, diezmado, y a estas horas, donde quiera que flota la bandera azul con la estrella de oro, ya no hay esclavos. Verdad es que esto ha costado bien de sangre y no pocas vidas; lo sabemos; lo que parece que no sabe-



mos es los heroísmos y sacrificios que el realizarlo ha costado.

¡Y qué nombres en esa guerra!

Vankerckhove, Jacques, Vrihtoff, Docquier, Duvivier, Diderich, Cassart, Ponthier, de Wouters, de Heusch, Delcommune, Descamps. Lo thaire, Nicot.

Y a su cabeza, bravos entre tantos bravos: entre los vivientes, Dhanis; entre los muertos, De Bruyn.

¡Dahnis! cuando regresó vencedor de los árabes, de Flessinga a Amberes; para saludarle con mudo lenguaje, alzábanse solemnemente en el palo mayor de los navíos los pabellones franceses, alemanes, ingleses, holandeses... La Europa entera le aclamaba.

De Bruyn, aunque más humilde, aparece sin embargo elevado a la talla de los héroes por la muerte.

¡Ah! ¡De Bruyn!

Cuando estalló la lucha, los acontecimientos se precipitaron como un torrente. Lippens y De Bruyn son apresados por Sefou, el árabe traidor, y retenidos en rehens. El horrible ejército marchaba llevando delante, bajo escolta, al teniente de Bruyn, desarmado. Lippens, enfermo quedaba custodiado en Kassango, y se había hecho jurar a De Bruyn que; aun

cuando se viera libre, volvería a encontrar a su camarada.

Al llegar a la ribera Lommani, se encuentran, en la ribera opuesta, con la vanguardia de Dhanis.

Quieren los árabes entablar negociaciones y conducen a De Bruyn hasta la margen del río en la ribera izquierda; a los veinte pasos detrás de él le vigilan quince árabes armados hasta los dientes. En la ribera derecha están los tenientes Scherlink e Hinde.

Empiezan las conferencias de negociación... Sefou presenta condiciones inaceptables... De repente, Hinde grita a De Bruyn:

—«¿Comprenden el francés los de esa parte?»

—No.

—¿Sabéis nadar?

—Sí.

—Escuchad: veinte tiradores escogidos están ocultos aquí entre las cañas, y cada uno de ellos está apuntando a su árabe, de modo que en un instante pueden caer los quince. Saltad, pues, al agua»...

Hubo un momento terrible, angustioso como una agonía...

«No, respondió De Bruyn; no puedo abandonar a Lippens.

—¿Pero, si Lippens ha muerto a estas horas!... Saltad.



—No, he dado mi palabra... ¡Gracias! ¡A Dios! Y con un gesto de costoso vencimiento, se retiró de allí, volviéndose a sus verdugos.

Algunos días despues, Dhanis, vencedor, cercaba a Kassongo. Sobre la empalizada que rodeaba y defendía la población, aparecían clavadas las cabezas de Lippens y de De Bruyn.

Este heroísmo épico era ignorado de nosotros; sobre él se guardaba silencio. Un inglés, Hinde, y una francesa, Severina, son los que nos han dado a conocer, rodeado de aureola de gloria, a ese humilde y olvidado belga.

Se ha dicho que nuestras victorias no nos daban más que una pequeña tregua y descanso, y que bien pronto los árabes volverían a las andadas. Tal vez ensayen... Pero ved, primero sobre todo el Congo, y después sobre el Oubanghi y el Ouellé, esa cadena continua de puestos europeos que se tienden la mano y casi se tocan con los codos... y que se inclinan a la derecha para llegar, sobre el lago Tanganika, a encontrar los puestos defendidos con gloria por Joubert y por Jacques... Decidme, ¿quién franqueará esa doble línea de circunvalación? Un ejército europeo podría, sin duda; una banda de árabes, jamás!

Y ahora, ¿queréis que toda esa sangre vuelva a correr de nuevo? ¿queréis que de nuevo sean encadenados esos niños y esas mujeres, y que vuelva a darse caza a toda esa carne humana, y que por millares sean expuestos a la venta en los mercados esos pobres negros, y palpados como las bestias, y vendidos, y degollados por los caminos?... ¿Lo queréis?

Pues decid que vuelvan de allá nuestros oficiales y nuestros soldados, y nuestras armas, y nuestra bandera; pero ese día, decid también que se vele con negro crespón la imagen de la patria, y ese viejo león belga, que tal vez haya conocido contratiempos, pero pasado por semejante vergüenza, jamás.

Atravesando el gran apóstol San Pablo la Frigia y la Galacia, como el espíritu que le guiaba le prohibiese llevar la palabra de Dios al Asia, descendió hacia Tróade. Allí, durante la noche, tuvo una extraña visión.

Delante de él se presentó de pie un macedonio en actitud suplicante y diciéndole: «¡Pasa, pasa a Macedonia y ven a ayudarnos!»

Y Pablo comprendió que Dios le llamaba a predicar allí el Evangelio.



Acabo de traduciros, Señores, un pasaje de vuestros Libros Santos.

Bien sabéis el comentario que del mismo hizo un día Lacordaire: «Ese macedonio, Señores, es la humanidad entera que suplicando a Dios, le pide la Verdad; y San Pablo, somos todos nosotros los que creemos como él, y que como él hemos recibido las primicias del espíritu de vida y de amor».

Hoy como entonces, tendido sobre las ruinas de Tróade, imagen viva de la desolación del mundo, se levanta ante nosotros el macedonio, y nos dice suplicante, de pié porque le urge: «¡Pasa y ven a nosotros!»

Y si el temor del sacrificio nos retiene, si los trabajos, los viajes, el hambre, la sed, los suplicios nos espantan, Dios nos dice como a San Pablo en otro sueño, el sueño de Corinto:

«No temas, habla y no te calles, porque tengo reservado para mí un gran pueblo en esta ciudad».

El secreto del Apostolado cristiano está enteramente ahí, en ese macedonio que llama diciendo: «Pasa, y ven a nuestro auxilio». Y en Jesucristo que amorosamente dice: «Anda, hijo mío, anda, hijo mío y no temas, yo tengo allá un gran pueblo».

El año último, había en todo el mundo cua-

renta y siete mil ochocientos sacerdotes y cincuenta y dos mil religiosos, misioneros católicos. Todos llamados de esa suerte, y que partieron de ese modo, abandonando su patria, su familia y sus amigos, para vivir y morir al servicio del macedonio suplicante.

¿Necesito decíroslo? Mucho tiempo antes de los acontecimientos que dieron lugar a la creación del Estado independiente del Congo, se habían emprendido ya ensayos de civilización en ese vasto y misterioso continente de África... No hablo del Norte, demasiado próximo a la cuna del cristianismo para no haber sido impregnado de su doctrina. Traed a la memoria los esplendores de aquella floreciente iglesia africana, que cuenta entre sus esclarecidas lumbreras a los Tertulianos, los Agustinos, los Ciprianos, los Orígenes.

Hablo del Sur y de las costas del Este y del Oeste, por donde el Evangelio se había infiltrado y esparcido su savia generosa en veinte centros diferentes.

Concretándome al Congo, el primer ensayo de civilización data de 1491. Tres sacerdotes portugueses—no sé si franciscanos, dominicos o canónigos de San Eloy de Lisboa—se establecen en Banza-Congo (San Salvador) y allí predicán la buena nueva. Sus primeros éxitos